

Don Santiago Alonso, gobernador de los cabezas y la suerte de los indios de su nación. Bolsón de Mapimí, norte del virreinato de la Nueva España (1645-1724).

Don Santiago Alonso, governor of the Cabezas, and the fate of the Indians who belonged to his nation. Bolsón de Mapimí, northern Viceroyalty of New Spain (1645-1724).

Chantal Cramaussel Vallet*

Celso Carrillo Valdez**

Resumen: Los indios del Bolsón de Mapimí eran sobre todo cazadores recolectores y comprendían múltiples parcialidades a las que los españoles dieron distintos nombres. No tenían poder político centralizado. Pero la biografía de don Santiago Alonso muestra que los liderazgos entre los indios eran muy duraderos. Santiago contaba con una amplia red de alianzas que les permitían reunir fuerzas bélicas considerables y escapar con facilidad a territorios fuera del dominio español. Sin embargo, sus alianzas efímeras pero recurrentes con los españoles llevaron a profundas divisiones entre indios de paz e indios de guerra que terminaron en la extinción de los cabezas como grupo.

Palabras claves: Cabezas, Bolsón de Mapimí, Cazadores-recolectores, Guerras coloniales, Indian extinción

Abstract: The indigenous inhabitants of Bolsón de Mapimí were mainly hunter-gatherers. They belonged to numerous groups that the Spaniards called by different names and had no political central power. The biography of the indigenous leader Don Santiago Alonso, however, shows that leadership positions among those Indians were enduring. It seems clear that Alonso had a broad network of alliances that allowed him to rapidly gather substantial military forces and escape easily to territories beyond Spanish dominion, but his short-lived, though recurrent, alliances with Spaniards

* El Colegio de Michoacán A. C – México.

** El Colegio de Michoacán A. C – México.

generated deep divisions between peaceful and warlike Indians that eventually brought about the extinction of the Cabezas as a group.

Keywords: Cabezas, Bolsón de Mapimí, hunter-gatherers, colonial wars, Indian extinction

En las sociedades sin sistema político central, resulta muy difícil saber quiénes eran las personas que adquirieron poder a lo largo del tiempo. Éste era el caso de muchos grupos indígenas de América que españoles y portugueses tardaron mucho en conquistar porque en ausencia de autoridad que representara a todos los habitantes de una misma región, las alianzas políticas era muy puntuales y sumamente frágiles. Hasta los gentilicios que daban los conquistadores no correspondían siempre a un grupo determinado porque los invasores clasificaban a los indios según sus pretensiones de dominio (CRAMAUSSEL, 2000). Además de que muchos grupos no sedentarios se recomponían según la estación del año y que nuevos lazos de parentesco y amistad modificaban también su integración, como sucedía con los que recorrían el Bolsón de Mapimí (GRIFFEN, 1969, p. 114-117; WADE, 2003).

Los investigadores no han hecho muchos esfuerzos en reconstruir biografías de indios locales para los cuales se cuenta con poca y muy dispersa documentación. Por otra parte, existe la idea de que el poder político en ese tipo de sociedades es efímero y que los liderazgos están estrechamente ligados con el prestigio y/o el mando militar durante los conflictos armados. No obstante, una lectura atenta de la documentación temprana permite elaborar la biografía de algunos de los jefes indios, como es el caso de Santiago Alonso. La historia de su vida arroja mucha luz acerca del periodo del contacto entre españoles e indios, que se extiende al siglo XVII en el septentrión novohispano.

La presente investigación se basa principalmente en documentos del Archivo Histórico Municipal de Parral. No hubiera sido posible llevarla a cabo sin varios recorridos de campo que ningún historiador había efectuado hasta ahora, y la elaboración de un mapa (con una tabla de correspondencia de los topónimos coloniales y actuales) en el que se localiza todos los sitios mencionados, muchas veces ahora en buena parte despoblados. Sólo así se puede enmarcar los acontecimientos en su escenario geográfico el cual, en el caso de la historia de los indios, dista mucho desde luego de coincidir con las demarcaciones políticas coloniales o contemporáneas.

Don Santiago Alonso y la encomienda de los cabezas

Don Santiago nació en las primeras décadas del siglo XVII, en el lugar donde se fundaría en los años treinta la misión jesuita de El Tizonazo y murió junto a la misión franciscana de Cuatro Ciénegas. En una fecha que no hemos podido precisar fue bautizado, puesto que los nombres con los que se le conoce eran cristianos, pero también se le decía “Santiaguillo”, forma diminutiva que marcaba el desprecio, muy utilizada para denominar a los nativos. Además de su lengua nativa, había aprendido a hablar español y “mexicano” (náhuatl), por haber estado en contacto con los misioneros que propagaron su uso en los pueblos de indios del norte de la Nueva España o por haber tenido trato con los tlaxcaltecas en la región de Parras.

A su nombre los españoles anteponían generalmente la palabra “don” porque lo designaron “gobernador” del pueblo de indios de Cerro Gordo donde fue asentado primero. Pero los conquistadores lo calificaron al mismo tiempo de “cacique” debido a que tenía ascendente sobre los miembros de su grupo: los indios “cabezas”. En ocasiones se le mencionaba también como “capitán Santiago” aludiendo a su capacidad militar.

No ha sido posible averiguar el origen del gentilicio “cabezas”, nombre de los indios que lideraba don Santiago. Para los españoles, esos gentilicios correspondían a una “nación”, es decir a un conjunto de personas que descendían supuestamente de un antepasado común (CRAMAUSSEL, 2000). Lo que sí es seguro es que el apelativo de “cabezas” era el de una vieja encomienda de indios otorgada probablemente por Francisco de Ibarra, el primer gobernador de la Nueva Vizcaya a Cristóbal de Ontiveros, uno de sus compañeros de armas en la conquista del septentrión. Muchas de esas encomiendas del siglo XVI que daban derechos sobre lugares a veces muy distantes poblados por indios de guerra, no perduraron. Una vez capturados los indios eran asentados en las haciendas del beneficiario, pero con frecuencia huían para regresar a sus tierras (CRAMAUSSEL, 2006, p. 205-218). Fue probablemente el caso de esa primera encomienda de indios cabezas. Además entre 1616 y 1620 la insurrección de los tepehuanes estuvo a punto de acabar con la presencia de los españoles (PORRAS MUÑOZ, 1980, p. 141-164), los indios fueron finalmente vencidos sin embargo la mayor parte de los pueblos de indios fueron abandonados durante la rebelión y se perdieron por lo tanto las encomiendas iniciales.

De hecho, en 1645 el gobernador Luis de Valdés revocó la antigua encomienda dada a Cristóbal de Ontiveros para otorgarla a Baltasar de Ontiveros, el sobrino del primer encomendero (AHMP.FC.002.017. Parral. 19/01/1650. El capitán Baltasar de Ontiveros contra Luis de Valdés). Ontiveros se comprometió a que sus encomendados, que obedecían al cacique Santiago Alonso, poblarían el sitio de Cerro Gordo (Hidalgo, Dgo). El beneficiado había obtenido en merced ese sitio que era también “el antiguo asiento” de los indios. Al año siguiente se erigió un presidio en ese mismo lugar (PORRAS MUÑOZ, 1980, p. 273). En 1649, Baltasar de Ontiveros recibió también la encomienda de los salineros “bárbaros y bozales” para que se establecieran en la misión jesuita del Tizonazo, probablemente en recompensa por sus méritos, ya que había llevado a 200 gentiles a ese lugar, después de ayudar a sofocar la rebelión que ensangrentó las llanuras centrales a mediados de la década de los años cuarenta (CRAMAUSSEL, 2006, p. 363, 383). De ahí en adelante cabezas y salineros actuaron juntos. Es probable que integraran un mismo grupo arbitrariamente divididos en dos encomiendas: de hecho, se decía en 1644 de los cabezas que eran “especies de salineros” (PORRAS MUÑOZ, 1980, p. 167; los reúne GRIFFEN, 1969, p. 179).

En la Nueva Vizcaya, los españoles no reconocieron ningún pueblo prehispánico (ÁLVAREZ, 2003), todos los llamados pueblos de indios eran congregaciones a cargo de los jesuitas o de los franciscanos o rancherías de encomienda junto a las haciendas. Pero cuando menos en el caso de Cerro Gordo, los españoles impusieron su dominio sobre un lugar que ya estaba poblado desde antes de la Conquista. A los cabezas como a sus vecinos los salineros, se les requirió para trabajar en las haciendas y para servir como indios auxiliares, escoltando a los transeúntes y participando en las campañas bélicas. Los salineros eran tepehuanes (CRAMAUSSEL, 2000) y los cabezas probablemente también, es decir que compartían el idioma de los indios tepehuanes de la sierra, pero tenían autoridades propias.

Tanto Cerro Gordo como El Tizonazo se ubican a orillas del Bolsón de Mapimí, una región del altiplano central desértico compuesta por una serie de cuencas endorreicas. El camino real de tierra adentro que unía México a Santa Fe (en el Nuevo México) y bordeaba el Bolsón hacia el este, pasó a ser una vía de primera importancia cuando surgió el real de San José del Parral en julio de 1631. A partir de entonces, se obligó a los indios del Bolsón a recoger parte de la sal tierra necesaria para el beneficio de

la plata (CRAMAUSSEL, en prensa a). Pero eran esencialmente cazadores-recolectores y opusieron resistencia al trabajo en las haciendas agrícolas y mineras. Durante cuando menos setenta años no dejaron de dar dolores de cabeza a los españoles. Hasta que en los primeros lustros del siglo XVIII, los conquistadores les libraron una guerra de exterminio que acabó con su existencia. Después de 1724, los que sobrevivieron se integraron a los poblados coloniales o a los grupos de apaches que repoblaron el Bolsón (GRIFFEN, 1969; CRAMAUSSEL, 2014).

La vida de don Santiago Alonso fue propia de los años 1640-1725, periodo en el que las hostilidades eran recurrentes. Los indios del Bolsón se escapaban de las haciendas y de las misiones y comenzaron a robar el ganado de las haciendas, en especial los equinos que aprendieron a montar. También asaltaban a los mercaderes del camino real para hacerse de la ropa y de los objetos metálicos que transportaban. Si ofrecían asentarse en algún paraje como lo querían los conquistadores, era para evitar el castigo y para recibir regalos en ropa y comida (CRAMAUSSEL, en prensa b). Al igual que todos los demás, cuando los cabezas sedaban de paz nunca permanecían mucho en el lugar que se les asignaba, en parte también porque nunca renunciaron a sus actividades tradicionales de pesca, caza y recolección que no les permitía llevar una vida exclusivamente sedentaria. De hecho ¿qué caso tenía en el verano esperar la cosecha de octubre cuando abundaban las plantas comestibles a orillas de las lagunas y de los ríos, donde se abrevaban venados, liebres y conejos y demás animales de la región? En el invierno, ¿porqué los indios tenían que quedarse en la misión cuando bajaban los rebaños de bisontes en las llanuras de Coahuila y Texas y que concurrían a su caza otros grupos con los que acostumbraban intercambiar productos? (sobre los bisontes: WADE, p. 229-230 y la vida de los cazadores-recolectores: VALDÉS, 1995; GRIFFEN, 1969, p.108-109).

Don Santiago Alonso, indio de encomienda alzado

Santiago Alonso y los demás cabezas residieron en el Cerro Gordo poco más de cuatro años. Pero en abril de 1651 abandonaron el sitio y trataron de que se sublevaran también los salineros, asentados en la misión jesuita cercana de San José del Tizonazo, como ya se mencionó. Tres semanas después de la semana santa, Santiago Alonso los convenció de salirse del pueblo y reunirse con él porque los españoles tenían planeado

ahorcarlos. Los salineros que solo buscaban un pretexto para sustraerse de la opresión de los misioneros y de los hacendados circunvecinos, inmediatamente aceptaron “el tlatole” de Santiago. (AHMP.FC.C11.001.018. Parral. 04/08/1652. Diligencias para mantener la paz con los indios alzados de diferentes naciones.).

Los salineros y parte de los cabezas bajo el mando de Santiago Alonso planearon varios asaltos, en distintas partes del norte novohispano, lo cual refleja su gran conocimiento del territorio y su sorprendente movilidad. Se dirigieron primero a la sierra de Ramos, donde los estaba esperando Diego, el hermano de Santiago, con el resto de la chusma que había huido de Cerro Gordo y del Tizonazo. En ese lugar, Santiago ordenó a Diego que con una tropa compuesta por salineros y cabezas, integrada por “los más jóvenes y mejores guerreros, volviera atrás a las haciendas de los españoles e hiciera todo el mal que pudieren”. Los demás se fueron con don Santiago al aguaje de Santo Domingo donde esperaron a los guerreros. Al cabo de cinco días regresó Diego con la tropa, trayendo la cabellera de una india y de una muchacha viva de unos seis o siete años; dijeron que también habían matado a otra india y a dos indios junto a la hacienda de Recacho. Arreaban algunos caballos hurtados en la hacienda de Juan Martínez Orejón, vecino de Indé. Se nota ya en ese episodio la división existente entre los rebeldes y los indios que aceptaban el dominio español y trabajaban en misiones y haciendas. Aunque fueran muchas veces del mismo origen, los operarios indios de las haciendas eran víctimas de los insurrectos, al igual que todos los demás.

De Santo Domingo, todo el grupo bajó al aguaje del Gallo (también en el camino real, donde se fundaría un presidio en 1687: CRAMAUSSEL; Carrillo, 2018) y un poco más adelante se puso a hacer mezcal, es decir que los indios cocieron las pencas de los agaves, muy abundantes en el desierto, para alimentarse. Los nativos aficionaban también la carne de caballo que era más fácil de robar que los borregos o las reses. En esa ocasión salineros y cabezas se comieron toda la caballada que habían traído y prepararon una nueva incursión. Santiago pidió a su hermano Diego “que cogiese toda la gente que llevaba, más fuerte y moza y que fuese a acometer la hacienda de Palmitos de Diego de Ontiveros e hiciesen todo el mal que pudiesen y que trajesen toda la ropa de los que matasen y toda la caballada que pudiesen, en atención a que habían de hacer la guerra a fuego y sangre.” Los caballos y la ropa era el botín por excelencia de esas incursiones. Mientras tanto, Santiago Alonso se fue a la Cadena y a Pelayo. La estancia

de los cabezas en varios puntos del camino real muestra que los españoles estaban muy lejos de controlar el territorio a mediados del siglo XVII.

Ocho días después, cuando Santiago se encontraba ya cerca de las Salinas del Machete, lo alcanzó Diego con unos cuarenta caballos y algunas mulas. Regresaban de asaltar la hacienda de Palmitos, como habían convenido. Pero encontraron resistencia por parte de los habitantes ocupados en la siega del trigo, por lo que les fue imposible hacerse de alguna cabellera. Aseguraron que de todos modos habían matado a algunas personas, además de hurtar caballos, algunas sillas de montar y parte de la ropa que traían puesta los que estaban cosechando.

A partir de 1651, la documentación da fe del liderazgo que tenía don Santiago Alonso no sólo entre los cabezas y salineros sino también en otros grupos. En las salinas, donde concurrían muchos grupos de distintas partes para aprovisionarse en sal para su alimentación, Santiago entró en tratos con una nación llamados baborimama, capitaneada por el indio don Baltasar quienlos recibió “con amor.” Para sellar la amistad, el cacique cabeza obsequió a esa nación parte de los equinos y de la ropa que transportaban. Luego, todos los indios reunidos se fueron juntos caminando hacia el norte, hacia la tierra de los tobosos. Pero algo pasó con los salineros ya que dos días después Santiago Alonso mandó matar a dos de ellos porque le parecía que “no les ayudaban en nada”. No se aclara en la documentación cuál había sido el motivo de ese castigo pero esta decisión indica que la disciplina tuvo que haber sido implacable en las filas de los indios.

Según los testimonios de los indios presos que interrogaron los españoles, Santiago y el capitán baborimama proyectaban organizar una sublevación general en las llanuras del altiplano central. Acordaron enviar a dos indios embajadores con las naciones de los tobosos, acoclames, nonojos y gavilanes y otras más, para que se unieran a sus tropas. Alonso Santiago que aparece de nuevo como el gestor de nuevas alianzas, fue en persona a buscar a los cíbolos para que se alzarán también. Consideraban que eran tantos los delitos reprobables a los ojos de los españoles ya cometidos, que los rebeldes no podían más que proseguir con las hostilidades hasta acabar con los colonizadores europeos y sus aliados. Para ello, habían de repartirse en varias escuadras en las fronteras de San José del Parral para asechar a los habitantes de las haciendas y a

los transeúntes (AHMP.FC.C11.001.018.Parral. 04/08/1652. Diligencias para mantener la paz con los indios de diferentes naciones).

Cuando el gobernador Diego Guajardo Fajardo atacó a los tobosos, nonojescoclamas y gavilanes en el peñol de Nonolat en septiembre de 1652, los cabezas no estaban presentes. Andaban por la región de Parras hurtando caballos, junto con los babosarigames y matarejes. Los españoles los persiguieron hasta descubrirlos en Acatita el 30 de octubre de 1652 donde libraron batalla. En la pelea perecieron nueve indios y los capitanes baborimamay babosarigame, muchos se escaparon pero estaban heridos. Santiago Alonso se salvó pero dio orden a los cabezas de desparramarse. Los salineros de la parcialidad de don Cebrián decidieron en cambio ofrecer la paz al capitán Esteban de Levario, alcalde mayor de Indé. (AHMP.FC.C11.002.022. Parras. 22/10/1652. Autos sobre la persecución de los indios salineros, cabezas y sus confederados.)

El lunes de la semana santa de 1653, tres escuadras compuestas por 150 indios de las naciones cabezas, salineros, baborimamas, babosarigames y matarejes, entro las cuales iba Diego el hermano de Santiago, atacaron el pueblo de indios llamado Atotonilco a dos leguas de Santiago Papasquiario, donde tenía su casa y hacienda el general Juan de Barraza. Los indios querían cobrar venganza ya que este último había matado a muchos de sus parientes. En Atotonilco, los rebeldes les quitaron la vida a siete personas entre mujeres y hombres y dejaron nueve heridos. A una pobre india con dos criaturas la quemaron viva en su jacal. Otra para poder escapar escondió a una hijita suya dentro de una caja, que después hallaron quemada. Redujeron a cenizas todos los jacales y el maíz de los indios y sacrificaron a cuanto ser viviente se movía en aquel pueblo. En una carta dirigida al gobernador Juan de Barraza se quejaba de la extrema crueldad de los cabezas: “Ya vuestra señoría habrá visto el daño que esta mala nación cabezas y otros hicieron en mi casa y pueblo dejándolo todo asolado y quemado que no tan solamente quemaron casas y maíces sino hasta los perros, gallinas y palomas, gente cruel conque he quedado a pie, pero como corre por mano de Nuestro Señor le doy gracias pues no acabaron con mis hijos y mujer” (AHMP.FC.C11.002.027. Milicia y guerra. Sediciones. Real de San José del Parral. 16/06/1652-07/05/1653. Autos de guerra por Diego Guajardo Fajardo).

Santiago Alonso no participó en ese asalto atroz porque en esos días, estuvo asolando de nuevo el valle de Parras con los salineros de la parcialidad de don Cebrián,

junto con los babosarigames y tusares de la ranchería y encomienda de doña Isabel de Urdiñola, los cuales habían acordado con Santiago entregarle la caballada de su ama, así como la de otros vecinos y labradores de Parras. Se ensañaron con los pobladores con tal de hacerse de todos los equinos y del ganado existente en esos parajes. El hacendado Gutiérrez Barrientos se quejó de que la primera vez que acometieron contra su casa y hacienda, el 15 de septiembre de 1652, se llevaron más de 550 bestias caballares y mulares y todos los bueyes de arada. La segunda vez, el 30 del mismo mes y año, los enemigos abrieron el corral y “sin poderlo remediar” sacaron 300 caballos y mulas. Ese día, destruyeron y talaron también todas las milpas sembradas de maíz. La fachada de su casa se llenó de flechas y los enemigos flecharon también una santa cruz que estaba colgada en el muro. El tercer ataque databa del 14 de mayo de 1653, en esa ocasión los enemigos se llevaron los últimos 85 caballos que restaban en la hacienda. Se constata con ese episodio que ya no era posible salir del ciclo de la violencia, los asaltos se ejecutaban no sólo por el botín sino que eran también actos de venganza y odio. Y detrás de todas esas hostilidades parecía estar siempre don Santiago Alonso (AHMP.FC.C11.004.044. Saltillo. 04/09/1653. Marcos, indios de nación babame de la provincia de Coahuila, pidiendo auxilio a los españoles ya que los indios salineros y tobosos los tienen desafiados y amenazados para matarlos).

Gregorio de Alarcón, el alcalde mayor de Saltillo, apresó en octubre de 1653 a 18 tusares y los que escaparon se fueron hacia Acatita y Coahuila (así llamaban los españoles la región donde se ubica hoy Monclova) (VALDÉS, 2015, p. 72-79). Señaló que los que no serían condenados a muerte iban a ser vendidos como esclavos, en este caso estaban las mujeres y los niños tusares pero para ello estaba esperando la decisión del gobernador. (AHMP.FC.C11.004.039 Milicia y guerra. Sediciones. Real de San José del Parral. 08/05/1653. Autos de guerra contra los indios tobosos y sus aliados, por Diego Guajardo Fajardo, gobernador del reino). La reducción al servicio personal por un tiempo determinado de años era el tipo de esclavitud a los que se condenaba a todos los alzados durante la época colonial en la Nueva Vizcaya. (CRAMAUSSEL 2006, p. 186-204).

Por todos estos trágicos acontecimientos, don Luis de Valdés (gobernador de la Nueva Vizcaya de 1641 a 1648 y dueño de haciendas en Parras) suplicó al gobernador Guajardo Fajardo en su carta de 15 de mayo de 1653 le mandara refuerzos. Culpaba de

los ataques a los salineros y cabezas pero también a los coahuilas, y temía que se despoblara el Valle de Parras donde los indómitos amenazaban con quemar todas las casas y sementeras. Añadía que tan sólo seis soldados resguardaban militarmente el asentamiento, y que únicamente seis de los vecinos eran capaces de defenderlo por las armas. En cuanto a los tlaxcaltecas del pueblo eran “pocos y gordos y no enseñado a tirar el arco, no hay que hacer caso porque encerrados en sus casas morirán como bestias”. Los demás indios del pueblo no eran de fiar y era posible incluso que se unieran a los enemigos que rodeaban el poblado, como lo acababan de hacer los tusares.

Antes de que se le condenara a muerte, un tusare afirmó que Santiago Alonso, después de mandar hacer esos robos en Parras, les dijo que se iba al Parral a dar la paz al señor gobernador con su gente y que se juntarían de nuevo con los alzados en las aguas del año siguiente para continuar hurtando caballadas y matar a todos los españoles de Parras.. Esta era también una táctica por demás recurrente, Al rendirse los indios evitaban la reducción a la esclavitud o la pena capital. Acostumbraban hacerlo en especial en época de secas cuando escaseaban las plantas de recolección. Se contrataban entonces en las haciendas de las que huían cuando caían las primeras lluvias.

A pesar de las acusaciones contra don Santiago Alonso, no se emprendió ninguna acción legal contra su persona porque los españoles lo necesitaban y no querían motivar una sublevación general.

Don Santiago Alonso, aliado imprescindible para los españoles

Se deduce de los testimonios reunidos por los españoles que don Santiago Alonso había comanditado los asaltos de las haciendas de Recacho y de Palmitos así como los de Atotonilco y del valle de Parras, a pesar de no haber estado presente durante los ataques. Las autoridades no lo culparon porque requerían su ayuda ya que era capaz de convencer a los rebeldes para que se dieran de paz y su fuerza militar era imprescindible para combatir a los demás. Como en todas las guerras contra los nativos, sin los indios auxiliares no había campaña posible porque el poder militar de los españoles era muy reducido (CRAMAUSSEL, en prensa b). El 9 de abril de 1653, el gobernador Guajardo Fajardo ordenó a los salineros del Tizonazo que fueran a buscar a Santiago para que condujera una guerra sin merced contra los tobosos, nonojos, acoclames y gavilanes que habían escapado de la masacre de Nonolat. Los capitanes salineros ofrecieron su ayuda a

regañadientes porque entre los alzados había muchos parientes suyos. Al parecer, las gestiones de los cabezas para atraer a los tobosos en 1651 habían sido infructuosas, o al jefe de los cabezas no le quedó más remedio que unirse a los españoles.

El gobernador acababa de sosegar a los tarahumaras y regresó a Parral con 800 guerreros, entre tarahumaras, chizos y de otras naciones, una tropa suficientes para exigir la rendición de cualquiera. Don Pedro, el capitán salinero, obviamente sabía que los cabezas estaban en la Sierra del Sotole, cerca de las Salinas del Machete, puesto que dio razón de ellos el 30 de abril, un día después de recibir la orden. En cuanto a Santiago Alonso partió a buscar la alianza de los cíbolos y de otros indios “corcovados” que se encontraban por el rumbo de Cuatro Ciénegas para librar la guerra contra los tobosos. Fue hasta el lunes 2 de junio de 1653 que salieron del Tizonazo tres capitanes salineros con cuarenta indios, a los que se incorporaron el 19 de junio los salineros del Cerro Gordo. A orillas de las salinas del Machete, la tropa se encontró con Santiago Alonso que traía gran número de gente y los recibió con mucho gusto. Había dejado la chusma y a algunos viejos cabezas en Pelayo. Pero el cacique aconsejó posponer la campaña contra los tobosos porque el calor era demasiado fuerte “por los grandes soles, calores y falta de agua y que ya vería su señoría si no quedaba toda esa tierra escarmentada y espantada”. A pesar de que en el Bolsón las temperaturas en junio pueden rebasar los 40 grados, Diego Fajardo no hizo caso de su recomendación y apremió a los cabezas para que tomaran de inmediato el sendero de la guerra. Así el 15 de junio, salieron del Tizonazo dos centenares de indios de la parcialidad de Santiago.

Al amanecer del día de San Pedro, el 29 de junio, los cabezas y los salineros cogieron descuidados al enemigo en el río Angosto. Los tobosos y sus amigos habían bailado toda la noche un gran mitote, celebrando la llegada de una escuadra con yeguas y mulas hurtadas. La tropa encabezada por don Santiago Alonso “aprovechados de tal ocasión mataron ciento y ochenta varones sin viejas, viejos y otra chusma de que dicen que fue mucha la cantidad y que se les escaparon muchos heridos y entre ellos don Cristóbal el toboso con dos heridas, una en el costado y otra en el brazo izquierdo”. También murió el capitán Gavilán, cuya mano y cabellera traían los cabezas para entregársela al gobernador. Los salineros habían tomado a 50 cautivos. Fuerte de su victoria, Santiago Alonso decidió ir a Parral con todos los cabezas y sus familias para pedirle perdón al gobernador. Quería que lo acompañaran también los cíbolos que se

habían retirado a su tierra junto con 30 indios cabezas. La idea original era la de seguir hostigando a los españoles en el futuro, pero solicitar la paz en esos momentos parecía ser una estrategia más prudente. Para que pudieran reunirse todos los indios vencedores, la salida a Parral se programó para el 10 de julio.

El plan se desarrolló como previsto. El 4 de agosto se apersonaron en Parral el salinero don Jerónimo Moranta y el cabeza Santiago Alonso, el primero para entregar la presa y el segundo para pedir perdón. El gobernador Diego Guajardo Fajardo ordenó que todos los vecinos del Parral se presentaran en la plaza con sus armas y con sus caballos. El gobernador mandó sacar el real estandarte y se posicionó en la plaza junto con las demás autoridades locales. Fueron entrando los indios cabezas y salineros con mucho orden, llevaban una bandera colorada con su cruz y en un palo las cabelleras de los enemigos muertos en combate. El gobernador recibió a los jefes salineros con un abrazo, a los demás indios les puso la mano en la cabeza. A todos, les dio las gracias por haberse mostrado tan leales al servicio del rey. Enseguida los agasajó dándoles ropa. Los cabezas dejaron caer sus armas en el suelo ante el gobernador. Santiago se arrodilló, y por sí y todos los suyos, le pidió perdón de todos los delitos que habían cometido y prometió conservar la amistad con los españoles ejecutando lo que le mandaran de ahí en adelante. Diego Guajardo hizo que se levantara y lo abrazó, puso su mano en la cabeza de los demás. Por medio de intérpretes, declaró que les concedía el perdón y les agradecía haber venido de paz. En recompensa les dio a los cabezas cuatro varas de paño (3.6 metros).

Ese mismo día se juntó don Santiago con los capitanes salineros con el fin de organizar una segunda entrada para perseguir a los que habían escapado de la masacre del río Angosto. Se acordó que una escuadra de españoles entraría por el Espíritu Santo y Jaco (al noreste de la provincia de Santa Bárbara) llevando comida y ropa para convencer a los que estaban allí de unirse al ejército. Santiago y los cabezas salieron primero del Tizonazo el 18 de agosto para llegar a Guapagua el 1 de septiembre. Se encargó de mandar correos a los cíbolos, babosarigames y mayos, sus tradicionales aliados, para que fueran con él y prometió atraer también a las rancherías amigas de las doctrinas de Parras y San Pedro. Una vez más se constata que don Santiago mantenía relaciones y tenía ascendente sobre muchos otros grupos de indios del Bolsón, de la

Laguna y tal vez también de las tierras situadas del otro lado del Bravo y las de Coahuila, donde llegaban cada año los rebaños de bisontes.

El 26 de agosto partieron del Tizonazo 92 salineros y cabezas y en el Cerro Gordo se sumaron otros ocho de la nación negritos. Santiago llevaba la orden de pasar a buscar a los indios tusares y a sus aliados de la comarca de Parras y San Pedro, para llegar el 13 de septiembre a las Cuatro Ciénegas y dirigirse después a Ocotán(sin ubicar) donde se juntarían con los chizos para que fueran todos juntos a darles el albazo a los tobosos. El 14 de septiembre se llevó a cabo el combate en Guapagua donde quedaron derrotados los tobosos, murió a don Cristóbal, su jefe, cuya mano y cabelleralllevaban los atacantes con ellos, como era la costumbre. Mataron a otros diez tobosos y redujeron al cautiverio a otro indio, así como a diez indias grandes y tres muchachos. Al parecer la cantidad de tobosos se había reducido de manera considerable o habían logrado dar sólo con una pequeña parte de ellos.

El 20 de septiembre de 1651, los salineros y los cabezas junto con algunos cíbolosllegaron al Parral para hacer entrega de la presa al gobernador. Después de la ceremonia de recibimiento, el gobernador agradecido les preguntó a los salineros y los cabezas si habían despachado correos a los tusares como se les había ordenado y pidió la intercesión de don Santiago para sellar definitivamente la paz con ellos. El gobernador le encargó también a Santiago Alonso decirles a los cíbolos, que les daba las gracias por el servicio prestado a su majestad y que esperaba seguir contando con su cooperación para vencer a los tobosos, y les prometió pagarles con las presas que hicieran(AHMP.FC.C11.004.038. Parral. 05/05/1653. Autos en razón de la paz que se ha tratado con los salineros y sus aliados).

Los cabezas permanecieron en el Tizonazo junto con los salineros, trabajando en las haciendas de los alrededores y participando con los capitanes del presidio del Cerro Gordo como indios auxiliares hasta cuando menos 1656. En febrero de ese año, el capitán Nevares, capitán del presidio de Cerro Gordo, informaba al gobernador que los cabezas estaban, unos sembrando y otros en la siega de trigos del capitán Bernardo Gómez, aunque agregaba: “También digo a vuestra señoría que de los cabezas no me fio porque es gente que jamás los he podido ver juntos, que no hay indios que en la vida han de sembrar ni los babosarigames” De acuerdo con las fuentes consultadas, los salineros y cabezas se salían de la misión cuando se les antojaba, sin que los jesuitas pudieran hacer

nada para remediarlo. En abril de 1656, los indios de don Santiago se encontraban desparramados porque estaban haciendo mezcal, sólo se encontraban en el Tizonazo 5 de los 50 indios de la lista (AHMP.FC.C11.006.058. Parral. 01/02/1656. Autos originales de guerra para el reino de la Nueva Vizcaya). De hecho, parece que los cabezas abandonaron el poblado en los años siguientes. En 1658, los encontrados establecidos en El Canutillo (GRIFFEN, 1969, p. 86) pero no por mucho tiempo.

Nueve años después, el 14 de febrero de 1667 el jesuita Bernabé de Soto, misionero en el Tizonazo envió al gobernador Oca Sarmiento una carta en la que consignaba la llegada de don Santiago Alonso, capitán de los cabezas quien había llegado a pedir la paz con un grupo de los suyos. El franciscano les dio dos reses que se comieron en seis días y les obsequió ropa. Pero los cabezas no cumplieron con su palabra. Soto creía que los cabezas estaban poseídos del demonio, así como todos los que no aceptaban la fe católica y la sujeción al rey (sobre el diablo en el discurso español: ROZAT, 1995). Sostenía que Satanás se les aparecía a los tobosos en forma de español echando llamas por la boca y que les prometía éxito en todas sus extorsiones (AGI, Guadalajara 29, r. 54, no. 37. Cartas del gobernador Oca y Sarmiento).

Por esos años recrudecieron los ataques a asentamientos coloniales y siempre se atribuían a los salineros y cabezas del Tizonazo.

La masacre de los cabezas, la huida de don Santiago y su muerte en 1674

En 1667, el gobernador Antonio de Oca y Sarmiento arrasó a sangre y fuego el pueblo del Tizonazo “para quitar de allí aquella ladronera de donde salían a ejecutar tantas maldades de muertes y robos” (AHMP.FC.C11.007.068. Milicia y guerra. Sediciones Real de San José del Parral. 06/12/1667. Información hecha a pedimento de la República del Parral, de cómo el haber llevado a sangre y fuego el pueblo del Tizonazo ha sido en servicio de ambas majestades y bien común del reino). Los salineros y cabezas sobrevivientes a esa masacre, entre los cuales iba Santiago, huyeron a la región de Acatita y Ventanillas y se tuvo que repoblar El Tizonazo que estaba en el camino de la ligera a Parral, con indios tepehuanes de la sierra (AHMP.FC.C11.007.078. Durango. 05/03/1671. Testimonio de los autos hechos por el maestro de campo José García de Salcedo, gobernador, sobre las prevenciones tomadas contra los indios enemigos; De

ANDRES MARTÍN 2016, p. 73.). Los cabezas siguieron habitando el Bolsón de Mapimí, y estuvieron fuera del dominio español durante varios años más.

Pero no les bastó a los españoles con la matanza de El Tizonazo, se trataba ahora de exterminar a todos los cabezas y salineros huidos. En noviembre de 1673, García de Salcedo salió personalmente “con gente arcabucera y flechara” para acabar con los rebeldes. En Cuencamé, supo de unos indios que llevaban caballada robada, los alcanzó cerca del Peñol Blanco, dio muerte a dos y cogió a dos salineros vivos. Uno de los presos, llamado Felipe, declaró que la mayor parte de sus compañeros estaban en Mapimí y que él era de la rancharía de don Bartolomé, indio de nación cabeza hermano de don Santiago. Este último había ido con los cíbolos tras enterarse que los coahuilas, boboles y tetecores querían ofrecer la paz al gobernador(WADE, 2003, p. 15)Los cabezas se encontraban en Las Ventanillas y bajaban a la laguna a recolectar frutas (AHMP.FC.C11.007.079. Cuencamé. 22/01/1673. Autos relativos a la guerra contra los indios enemigos, para evitar los daños que éstos hacen.).

Al tener ya ubicados a los cabezas, García de Salcedo mandó formar un gran campo militar para marchar a la Laguna de San Pedro, con todos los soldados milicianos de Saltillo, las compañías de campaña y los soldados presidiales. La entrada que iba a durar dos meses fue más corta de lo previsto, inició el 12 de diciembre de 1673 y culminó el 29 del mismo mes, con la batalla de la sierra de Mapimí donde acabaron rindiéndose los cabezas, mayos y salineros rebeldes. Un centenar de indios murieron en combate y los demás fueron reducidos al cautiverio (AHN.Om-Caballeros_Santiago, Exp. 8446. Pruebas para la concesión del título de caballero de la Orden de Santiago de Pedro Ignacio de Valdivielso y Echeverz, natural de México, conde de San Pedro del Álamo. 1751.)Sólo hubo cuatro heridos entre los españoles y el gobernador aseguró al virrey que todas las naciones enemigas estaban ya sosegadas (AGI. Guadalajara 29. r. 5., no. 42. Carta de José García de Salcedo, gobernador de Durango al señor conde de Medellín).

Santiago Alonso no estuvo en la batalla de Mapimí de 1673, como tampoco había estado en la de Nonolat de 1652, ni en la masacre de 1667 en El Tizonazo. Una vez más la suerte parecía seguirlo acompañando. En Parral, el diez de febrero de 1673 el franciscano fray Juan Larios acompañó a los jefes indios, entre los cuales estaban el de los salineros y don Bartolomé, el hermano de Santiago, para pedirle la paz al gobernador y que los españoles les devolvieran sus mujeres e hijos cautivos (GRIFFEN, 1969, p. 34-35). Se les

acordó su libertad con la condición de que “habían de vivir cristiana y religiosamente en las partes donde su señoría les señalase, guardando nuestra cristiana religión debajo de doctrina como se acostumbra”. Pero dos días después, por una razón que no está explícita en la documentación, los indios huyeron de San José del Parral dejando allí a sus mujeres e hijos (AHMP.FC.A21.001.002. Saltillo. 09/08/1673. Diligencias hechas para el poblamiento de los indios de la nación jumana, babole y sus aliados en la provincia de Coahuila).

El dos de abril de 1674, en la región de Coahuila, los cabezas se presentaron ante fray Juan Larios. El fraile mandó una carta al virrey abogando por los indios. Argumentó que “la necesidad les obligaba a hacer los daños que hacían y que como desesperados salían a los caminos a que los matasen por no hallar recurso.” Afirmó que los indios recordaban la injusta masacre del Tizonazo ordenada por Oca y Sarmiento en 1667, se preguntaban “qué delito cometieron los que estaban mamando y los que estaban en el vientre de sus madres”(AGI. México 50. no. 6. Cartas del virrey Payo Enríquez de Ribera a su majestad. Nuevas conversiones y poblaciones de las provincias de Coahuila).

Pero don Santiago Alonso no estaba con sus compañeros cabezas cuando ellos se buscaron la protección del franciscano. Se encontraba en una rancharía cercana a Cuatro Ciénegas, ya muy viejo y enfermo. Manuel de la Cruz, un hermano lego de la Orden seráfica, lo asistió en esos dramáticos momentos que preceden la muerte. Fray Juan Larios consignó lo ocurrido: “Había en estas partes un indio apostata llamado Alonso de Santiago, criado en el Tizonazo, el cual era ladino en lengua castellana y mexicana... capitán de los indios salineros y cabezas, y tan astuto, corsario, cruel y valiente que le temían muchos españoles fronterizos”. Relató el fraile que antes de entregar el alma, se confesó ante Dios (de manera interrumpida porque llegó a perder el habla varias veces) por todos sus pecados ya que se consideraba como “el más mal hombre que hay en el mundo”. Comanditaba “hasta unos doscientos indios de dos naciones, las más sangrientas y facinerosas de estas partes” que habían sido engañadas por el demonio. Según el misionero, hizo “muchos actos de contrición”... y abrazándose con la imagen del santo cristo diciendo pequé señor, expiró”(AGI. México 50. no. 6).

El destino de los indios cabezas

En 1676, habiendo ya fallecido fray Juan Larios, visitó Coahuila el obispo de Guadalajara, don Manuel Fernández de Santa Cruz, ante quien se apersonaron los cabezas y salineros. El obispo informaba al virrey que “...después de dos días llegaron los salineros y cabezas, nación que ha dado mucho cuidado a la Nueva Vizcaya y que hasta que entré no habían querido reducirse de paz (que sí dieron y afianzaron las otras tres parcialidades, ofreciéndose a castigarles unidas todas contra los salineros si en algún tiempo la quebrantasen)”. El obispo los admitió de paz, “por ser muy belicosos y fácil a inquietar a las demás parcialidades que están pacíficas”. Esperaba el prelado que darían así alguna tregua a sus atrocidades, mientras tanto podría aumentar la cantidad de soldados para impedir un nuevo alzamiento (AGI. México 50. no. 6). El obispo los destinó a la misión de Cuatro Ciénegas, a cargo de los franciscanos. Se quedaron allí hasta 1680 junto con las muchas otras naciones, entre ellas los tobosos sus antiguos enemigos:

que hacen una cantidad de más de mil indios, que aunque no se hallan en dicho pueblo por no tener que comer, en entrando el almacén se juntan. Los que hay de asiento en dicho pueblo son noventa gandules con sus familias asentadas, que son todas las personas que hoy se hallan en dicha misión quinientas treinta y dos personas, cristianas todas, muy pocos gentiles porque es esta gente ladina y muy belicosa que es la que andaba alzada en el Parral (AGI. México 52. no. 29, Informe de fray Francisco Peñasco al virrey).

Al igual que los indios del Tizonazo en 1656, los indios de la misión se encontraban desparramados. De hecho, los cabezas y salineros la abandonaron por completo en 1680. Los persiguió el marqués de San Miguel de Aguayo en la sierra de Baján, Acatita y Ventanillas, donde acostumbraban refugiarse. Vencidos, fueron agregados unos a una rancharía llamada Agua de Venado (sin ubicar) y asentados otros en la hacienda de la Castañuela, perteneciente a la jurisdicción de Parras, donde se quedaron cinco años (AMS, PM, c 4, e 44, 2 f. Saltillo. 22/09/1688. Joseph de Aguilar pide una certificación de los servicios que han prestado a su majestad él y su hermano Diego en la persecución de indios bárbaros). En 1685, don Pedrote, cacique de los salineros y don Bartolomé, hermano de Santiago Alonso que capitaneaba entonces en su lugar la parcialidad de los cabezas, se alzaron de nuevo de Parras y se unieron a la

sublevación una gran cantidad de naciones. Y a partir de entonces se multiplicaron una vez más los ataques a los españoles.

El 4 de febrero de 1687, las naciones confederadas asaltaron una cuadrilla de carros y recuas en la Boquilla del Gallo(AHMP.FC.C11.010.1.07. Parral. 01/03/1687. Información hecha a petición de Bartolomé Vázquez, para averiguar el asalto que dieron los indios enemigos a sus recuas.) Posteriormente atacaron la misión de las Cuatro Ciénegas, llamada de Contotores, donde habían estado asentados de paz con anterioridad. Prendieron fuego a las celdas en las que los religiosos se habían refugiado con la demás gente, hirieron a uno de los religiosos de un arcabuzazo y mataron un indio, dejando a otros mal heridos y tomaron cautivos a la mujer y al hijo del alcalde mayor. Se llevaron los ornamentos, cáliz y patena y las cabras que tenían en dicha misión que se despobló(AMS, PM, c 4, e 26, 12 f. Saltillo, 9/10/1687. Don Luis de Palma y Mesa, alcalde mayor, ordena al capitán Diego Ramón salga con su gente en persecución de los indios bárbaros).

Alonso de León, gobernador de Coahuila, trató de reducir de nueva cuenta a los cabezas y a los salineros sin conseguirlo. Hasta que el gobernador de la Nueva Vizcaya don Juan Isidro PardiñasVillar de Francos encomendó al capitán del presidio del Pasaje don Juan Bautista de Escorza asentarlos en una ranchería cercana a Parral, donde en 1688 estaban sembrando los campos (AGI, Colección Pastells, vol. 19). Tres años después, el gobernador de los cabezas solicitó al virrey una merced de dos sitios de tierra llamados La Joya y Camiseta y los aperos para labrar la tierra ya que deseaban “vivir en pueblo e instruirse en la doctrina cristiana y política racional, cultivando y sembrando tierras y criando ganados”.También quería que se les hiciera donación de caballos “para acudir a las entradas necesarias que cada día se les ofrecen” así como “algún ganado menor para crías” (AGN.Jesuitas 64.vol. 1-14. 1688.exp. 331, ff. 1655-1670. Representación de diversos misioneros adscritos al presidio del pasaje sobre las quejas presentadas por los indios babosarigames y cabezas. Parras).Los cabezas se mantuvieron en las cercanías de Parrastrabajando en las haciendas del marqués de San Miguel de Aguayo y participando como indios auxiliares contra los cocoyomes y acoclames, pero nunca se les dieron las tierras que habían solicitado (AGN. Indios 58.vol. 31.exp. 39.1691, ff. 24v-26v. Licencia a la nación cabezas de los recién bajados de paz, para congregarse en el Valle de Santa María de las Parras).

Sin embargo, los españoles, más de setenta años después de haber asignado a los cabezas en encomienda, seguían desconfiando de ellos. Cuando les servían de espías, siempre los llevaban por lugares donde nunca encontraban a los enemigos. Un indio preso confesó que no estaban dispuestos a entregar a sus parientes y que consideraban a los españoles como vacas, dando a entender que no eran muy listos, tal vez porque las reses eran muy fáciles de cazar (AHMP.FC.C11.017.181.El Pasaje. 02/06/1722 Autos hechos sobre la prisión de los indios coahuileños y sus agregados. Carta de don Juan Ruiz de la Guarda Villegas a Martín de Alday). En 1722 el gobernador Martín de Alday apresó a 311 indios coahuileños, cocoyomes y acoclames y los envió en collera a la ciudad de México con la intención de deportarlos a La Habana. Entre ellos estaban algunos indios cabezas. Muchos murieron de viruela en el camino y otros huyeron. Se embarcaron en Veracruz solamente 92 indios. (AGI. Guadalajara 233. leg. 2. Real cédula al virrey marqués de Casafuerte sobre la huida de los indios de la collera, VALDÉS y VENEGAS, 2013; GRIFFEN, p. 63-70). El indio de nación cabeza que había calificado a los españoles de vacas estaban entre los lograron darse a la fuga y se regresó a Parras, donde fue apresado por el alcalde mayor. En su declaración dijo que junto con otros cuatro indios fugitivos, habían matado en el camino como a treinta personas (AHMP.FC.C11.018.184. Parras. 11/09/1723. Contra Diego de la Cruz Pacheco, indio cabeza, por haberse huido de la collera en la cual estaba preso por rebelde). Se trataba sin duda de una exageración que muestra cómo en esos interrogatorios se trataba de aumentar la cantidad de delitos cometidos y nunca se sabrá si los que se asentaba en el papel correspondía o no a las verdaderas declaraciones de los presos. El alcalde mayor prendió también a otro cabeza que se había refugiado en el Colegio de la Compañía de Jesús de Parras. (AHMP.FC.C11.018.197. Parral. 12/02/1724. Testimonio de las diligencias hechas a la aprehensión de un indio nombrado Manuel de San Juan, en el pueblo de Santa María de las Parras,).

La última mención de indios cabezas, data de 1746, cuando los curas de Parras dispensaron sacramentos a los últimos descendientes de los indios encomendados un siglo antes (WADE, 2003, p. 65). Pero ya eran indios que laboraban en las haciendas y se defendían a su vez de las incursiones de los apaches, los nuevos pobladores del Bolsón que ocupaban las tierras antes recorridas por los cabezas (GRIFFEN, 1969, p. 70-74).

Conclusión

La reconstrucción de la vida del indio cabeza don Santiago Alonso permite comprender mejor el lento proceso de conquista de los indios del norte de la Nueva Vizcaya y del Bolsón de Mapimí en particular. El cacique de los cabezas aparentó varias veces someterse al gobierno español que necesitaba tenerlo como aliado para vencer a otros indios alzados y en especial a los tobosos que habitaban el norte de la región. Pero en total, entre 1645 y 1722, los cabezas permanecieron muy poco tiempo en los lugares donde habían prometido asentarse: de 1645 a 1651 estuvieron seis años en la hacienda de Baltasar de Ontiveros en Cerro Gordo, catorce más en la misión jesuita de El Tizonazo de 1653 a 1667 pero saliéndose cuando les daba la gana, y en la misión franciscana de Cuatro Ciénegas de 1676 a 1680. Fueron finalmente asentados en Parras en 1688, sin que dejaran del todo de estar en relación con los indios indómitos.

Por otra parte, la permanencia de ese personaje encabezando a su grupo a lo largo de cuando menos tres décadas, junto con sus hermanos Diego y Bartolomé, muestra el poder duradero que tenían algunos indios sobre una amplia región. Santiago Alonso tenía ascendencia sobre los salineros y otros grupos de indios que habitaban el Bolsón Mapimí y más allá. A pesar de no contar con una autoridad política común, los indios del altiplano desértico tenían redes de amistad con muchos otros grupos de cazadores recolectores que recorrían la misma zona en busca de la sal, de los venados y de los bisontes. Gracias a su gran movilidad que hacía que conocieran el territorio a lo largo de cerca de medio millar de kilómetros podían huir con facilidad y refugiarse con indios amigos muy lejos de los asentamientos coloniales. El mapa de sus desplazamiento y la localización de sus aduares ilustra una zona precisa, entre el camino real de tierra adentro y Coahuila, pasando por La Laguna, pero al sur de la de sus vecinos y a veces enemigos, los tobosos.

La vida de Santiago Alonso y la suerte de los indios cabezas muestran que la historia del Bolsón de Mapimí debe comprender la de los estados actuales de Coahuila, Durango, Chihuahua y Texas porque los indígenas en la época colonial recorrían parte de todos esos territorios. En ciclos de violencia sin piedad, se enfrentaban los invasores españoles con los indios del Bolsón quienes, al mismo tiempo que trataban de conservar su independencia, atacaban las haciendas y robaban a los mercaderes en los despoblados

caminos del altiplano desértico. Pero eran muy divididos y sus alianzas bélicas efímeras aunque recurrentes con los españoles, llevaron a su extinción como grupos.

Mapa 1. Lugares por donde estuvieron los cabezas y Santiago Alonso

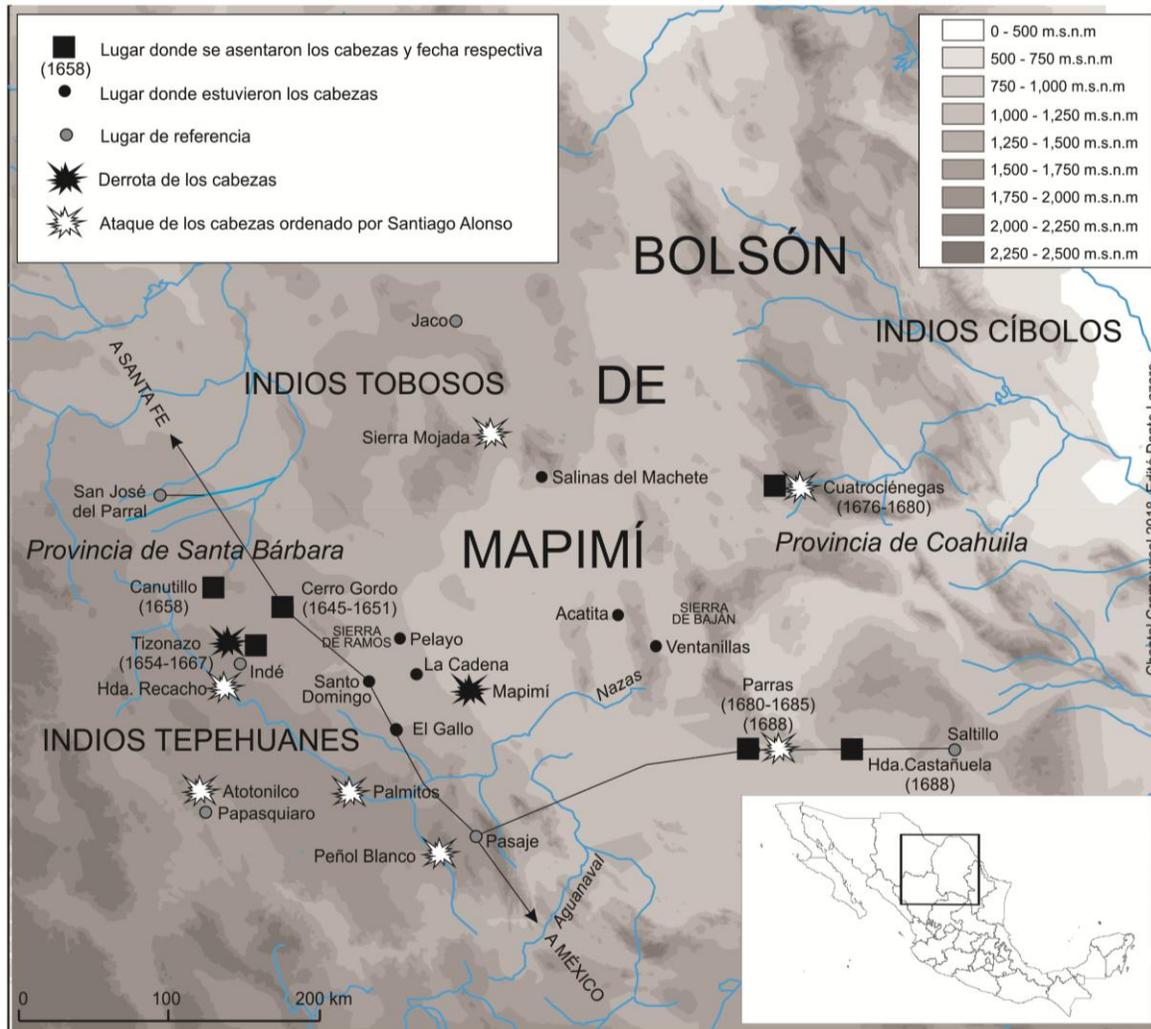


TABLA DE CONCORDANCIA Y UBICACIÓN DE SIERRAS, RANCHOS Y HACIENDAS

Topónimo colonial	Nombre moderno (en caso de que difiera)	Estado y municipio actual al que pertenece
Cerro Gordo	Hidalgo	Durango, Municipio de Hidalgo
Santo Domingo (rancho)		Durango, Municipio de San Pedro El Gallo
Ramos (sierra)	Sierra de Atotonilco	Durango, Municipio de Hidalgo
Recacho (hacienda)		Durango, Municipio de Indé
Palmitos	Rodeo	Durango, Municipio de Rodeo
Canutillo (hacienda)		Durango, Municipio de Ocampo
La Cadena (rancho)		Durango, Municipio de Mapimí
Pelayo (rancho)		Durango, Municipio de Mapimí
Atotonilco (rancho)		Durango, Municipio de Papasquiario
El Pasaje (rancho)		Durango, Municipio de Cuencamé
Peñón Blanco	Peñón Blanco	Durango, Municipio de Peñón Blanco
San José del Parral	Hidalgo del Parral	Chihuahua, Municipio de Hidalgo del Parral
Espíritu Santo (sierra)		Chihuahua, Municipio de Camargo
Jaco (rancho)		Chihuahua, Municipio de Camargo
Salinas del Machete	Salinas del Rey	Coahuila, Municipio de Ocampo
Parras	Parras de la Fuente	Coahuila, Municipio de Parras de la Fuente
Nonolat (cerro)	Cerro de Santiago	Coahuila, Municipio de Sierra Mojada
Río Angosto	Río de Sierra Mojada	Coahuila, Municipio de Sierra Mojada
Guapagua	Sierra Mojada	Coahuila, Municipio de Sierra Mojada
Acatita (rancho)		Coahuila, Municipio de San Pedro de las Colonias
San Pedro de la Laguna	Laguna de Mayrán	Coahuila, Municipio de San Pedro de las Colonias
Ventanillas (rancho)		Coahuila, Municipio de San Pedro de las Colonias
Baján (sierra)		Coahuila, Municipio de San Pedro de las Colonias
La Castañuela (hacienda)		Coahuila, Municipio de General Cepeda

AGI Archivo General de Indias, Sevilla, España
 AGN Archivo General de la Nación, Ciudad de México, México
 AMS Archivo Municipal de Saltillo, Saltillo, Coah., México
 AHMP Archivo Histórico Municipal de Parral, Hidalgo del Parral, Chih., México
 AHN Archivo Histórico Nacional, Madrid, España

Bibliografía

ÁLVAREZ, Salvador. El pueblo de indios en la frontera septentrional novohispana.

Relaciones 95, p. 111-164, 2003.

CRAMAUSSEL, Chantal. De cómo los españoles identificaban a los indios. Naciones y encomiendas en la Nueva Vizcaya central. En: **Nómadas y sedentarios en el norte de México**. Homenaje a la Dra. Beatriz Braniff. Marie AretiHersset *al.*(Eds.), p. 275-303. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

_____. **Poblar la frontera. La provincia de Santa Bárbara en Nueva Vizcaya durante los siglos XVI y XVII**. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2006.

_____. El exterminio de los chizos, sisimble, acoclames y cocoyomes del bolsón de Mapimí. **Revista de Historia** 6, p. 35-56, 2014.

_____. El Bolsón de Mapimí: un hábitat indígena en la época colonial. En: **Caminos y vertientes del Septentrión mexicano**, Homenaje a Ignacio del Río, José Enrique

Covarrubias y Patricia Osante (Eds.). Universidad Nacional Autónoma de México, en prensa a.

_____. Indios de paz contra indios de guerra durante las campañas punitivas en el bolsón de Mapimí, 1652-1653 y 1722-1723. En: **El orden social y político en zonas de frontera: Norte de México y Argentina**. José Marcos Medina Bustos (org.). El Colegio de Sonora-El Colegio de San Luis, en prensa b.

CRAMAUSSEL, Chantal; CARRILLO VALDEZ, Celso. **El presidio de San Pedro del Gallo (1685-1752). Fuentes para su historia**. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2018.

DE ANDRÉS MARTÍN, Juan Ramón. **Al servicio de ambas majestades. El gobierno del maestro de campo José García de Salcedo en la Nueva Vizcaya (1671-1676)**. Galland Books, 2016.

GRIFFEN, William. **Culture Change and Shifting Populations in Central Northern Mexico**. Tucson: University of Arizona Press, 1969.

PORRAS MUÑOZ, Guillermo. **La frontera con los indios de Nueva Vizcaya en el siglo XVII**. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

ROZAT, Guy. **América, imperio del demonio. Cuentos y recuentos**. México: Universidad Iberoamericana, 1995.

VALDÉS, Carlos Manuel. **La gente del mezquite. Los nómadas del Noreste en la Colonia**. México: CIESAS, 1995.

VALDÉS, Carlos Manuel. **Sociedades y culturas en el río Nadadores a través del tiempo**. Saltillo: Universidad Autónoma de Coahuila, 2015.

VENEGAS, Hernán M. y Carlos Manuel VALDÉS. **La ruta del horror. Prisioneros indios del noreste novohispano llevados con esclavos a La Habana (finales del siglo XVIII y principios del XIX)**. México: Plaza y Valdés, 2013.

WADE, María F. **The Native Americans of the Texas Edwards Plateau. 1582-1799**. Austin: University of Texas Press, 2003.

Recebido em Fevereiro de 2018
Aprovado em Março de 2018